

—«Amigo Pedro, le contestó Jorge; no basta poseer un corazón ansioso de hacer bien, es menester saber hacerlo. Ser generoso es buena cosa, pero ser generoso y hábil es mucho mejor. Si don Quijote, tu ilustre patron, como dice tu hermano Juan, hubiese empleado para la felicidad de los habitantes de su pobre lugar de la Mancha, la inteligencia y calor de alma que gastó combatiendo trasgos, vestiglos y

fantasmas, hubiera muerto riquísimo de buenas acciones. El señor de Guzman ha obrado como cualquier otro buen padre de familia hubiera obrado en su lugar. Créeme, ve á ver á tu futuro suegro, desdicete de tu simple propuesta, y cuando se haya restablecido la buena inteligencia entre los dos, cástate sin escrúpulo ni remordimiento ninguno con Teresita y su millon. Aumentada tu fortuna personal, dedi-



Pedro había olvidado que la *Cármén* era una fragata de vapor.

cándote á especulaciones consagradas á caridad, ¿no podríais satisfacer las benditas ambiciones de vuestras almas?»

Pedro ha seguido el consejo de su amigo Jorge. Aunque con trabajo, y á duras penas, el señor de Guzman dió su consentimiento para que se casasen Pedro y Teresita, y hoy son los dos mejores y mas felices esposos del mundo.

De vez en cuando, Pedro suele dar tajos y reveses en el vacío, y constituirse en el campeón de algunos tunos y bribones, como le sucedió en otro tiempo con los ladrones de las fresas; pero esto no son mas que ligeras extravagancias, residuo de su antigua exaltación caballeresca, y ampliamente compensadas con su buen juicio y una multitud de acciones nobles y generosas.

SEGUNDA SERIE.—1865.

Además, Pedro afirma siempre, «que mas quiere que le engañen cien picaros, que dejar de acudir una sola vez al socorro de un hombre de bien.»

J. M. D.

MISCELANEA DE SUCESOS HISTORICOS.

(Conclusion.)

Aun cuando volvamos de nuevo al camino de la verdad histórica, abandonado algun tanto estraviados en segui-

AÑO XXIII. 36

miento de las amenas ficciones con que la bizarra fantasía de nuestros mayores gustaba caracterizar á los héroes populares, no por eso dejaremos de hallar á cada paso en los anales patrios hazañas de tal cuantía, llevadas á remate en obsequio de la justicia y lucimiento del valor, que el trabajo mas árduo que tendremos será escoger entre tantas las mejores por sus circunstancias, y una vez escogidas contener la pluma que se muestra inclinada á traspasar los límites á que debe ceñirse, ocupando en la sola relacion de una de ellas el espacio destinado para todas. Sirva de comprobante á las razones dichas el siguiente suceso referido por los historiadores Puig Pardíñas y Bernardo Desclot, casi en los mismos términos que nosotros lo hacemos.

Por los años 1125 á 1137 ceñía la corona imperial Lotario II de la casa de Sajonia, feliz contra sus competidores y bienquisto de los pueblos agradecidos á la tranquilidad que supo darles despues de las sangrientas contiendas originadas por sus antecesores, empeñados en fundar una monarquía hereditaria y despótica. Parecía que la fortuna habia parado su voluble rueda en beneficio de la cesárea majestad, cuando vino á dar al traste con tan próspera bienandanza un contratiempo, que al empañar el lucido esplendor de su alto rango, hirió en lo mas vivo sus afecciones de hombre.

Dos condes de los principales de Alemania, enemigos personales del padre de la emperatriz, habiendo tratado en vano de neutralizar la justa influencia que aquella gozaba en el ánimo del emperador, llevaron su atrevimiento hasta el punto de acusarla públicamente de adulterio, ofreciéndose á sostener con las armas lo que su impura lengua pronunciaba.

Ni el ofendido esposo ni nadie en la corte dió crédito á la calumnia; á todos llenaba de amargura la suerte de la inocente señora, pero ninguno se atrevía á tomar su defensa, porque los acusadores eran poderosos en extremo y representantes de un gran partido de magnates obstinados en hacer desaparecer el Argos vigilante, siempre dispuesto á desbaratar con amoroso consejo las malas artes con que se pretendía dominar al soberano.

La pérdida de la esposa leal era inminente: ni aun en el caballero señalado como su cómplice pudiera tener esperanza, pues asombrado del peligro se habia apresurado á ponerse en salvo. Al mismo Lotario no le fué posible mitigar el rigor de la ley: tuvo que dar orden para que la desgraciada víctima fuese encerrada en estrecha prision, donde por término de un año esperase privada de todo trato la presencia de algunos campeones de linaje esclarecido que hiciesen buena su causa, derrotando en singular combate á dos batalladores famosos por su acreditada pericia, ó de lo contrario ser quemada viva en castigo de su delito.

Solo un servidor oscuro é infimo de la casa imperial tuvo la suficiente constancia para no desesperar del triunfo de la justicia. Puesta su confianza en Dios y apoyado en el bordon de peregrino, recorrió los Estados de Alemania; se prosternó ante sus principes; llevó su demanda á las principales cortes de Europa, y doblada la rodilla levantó la voz á presencia de los monarcas de la tierra solicitando apoyo para la virtud oprimida y defensores en nombre de una débil mujer sin tacha ni ventura.

Así llegó al palacio de don Ramon Berenguer, cuarto de este nombre y noveno conde de la Marca Catalana, hijo del famoso Cap d'Estopes, de quien ya hemos hablado anteriormente.

Bien acogido por el severo Berenguer espuso la solicitud que tan lejos le conducía, sin ocultarle fiaba solo en su caballería y la fuerza de su brazo, azote siempre del malvado y apoyo del inocente, el remedio de la emperatriz, pues era el único paladin á quien ya le restaba suplir acometiese aquella peligrosa aventura.

Oyóle el conde con semblante impasible, aunque sentía el corazon salirse del pecho al escuchar tanta infamia, y contentóse con decir al extranjero:—La conducta de los que han desechado tus palabras es muy natural: ninguna prueba autoriza tu mision ni la inocencia de la emperatriz, y si esta fuera culpable se veria muy comprometido el buen nombre del que tomase su defensa. Vuelve al lado de tu señora y dila de mi parte que si está exenta de culpa confie en Dios, que nunca podrá faltarla, y espere tranquila el término del plazo.

Con esto despidió al mensajero é hizo llamar en seguida á un valiente caballero natural de Provenza, llamado Bertran de Roquebruna, desterrado de su pais por una herida que habia ocasionado á un senescal del emperador y le comunicó el designio que abrigaba de tomar á su cargo la defensa de la emperatriz, eligiéndole á él por su compañero en la empresa, mediante ser dos los acusadores con quienes habia que combatir. Aceptó con alegría el elegido, y despues de nombrar el conde un consejo presidido por su esposa doña Dulce que gobernase durante su ausencia, salió disfrazado y con nombre supuesto de Barcelona, sin mas compañía que Bertran y doce escuderos de confianza.

De esta manera arribó sin contratiempo á la corte del imperio, donde se detuvo hasta los dias inmediatos al término fatal señalado para el terrible juicio. Próximo este presentóse con su compañero al emperador solicitando ser admitidos como paladines de su esposa.—Sabad, les dijo el monarca, que tendreis que presentar vuestros nombres y blasones á los jueces del campo. ¿Sois de sangre tan ilustre que podais entrar en batalla con dos caballeros de la primera nobleza?—Somos de alcurnia tan scelsa, le contestó Berenguer, que causará estrañeza despues de sabida, nos hayamos rebajado hasta el punto de combatir con tales rufianes; pero esta misma consideracion hace que hayamos pronunciado voto solemne de no revelar nuestra calidad sino un año despues de verificado el combate, á otra persona que no sea la emperatriz: si quedamos vencidos, sobre nuestros cadáveres se hallarán los titulos que acrediten el buen derecho, y si vencedores siempre habrá tiempo para castigar la mentira. Permitidnos, señor, visitar á vuestra cesárea esposa con objeto de ofrecernos á su servicio juramentándola acerca de la mancilla que á su virtud se atribuye, y si tan egregia dama nos acepta por campeones, no creo dudareis de la justicia de su decision.—Con razon habeis hablado, repuso el emperador; partid pronto, y Dios os ayude.

Disfrazados en hábito de monjes, para mejor escudriñar el ánimo de la sentenciada, segun dice Desclot, fueron introducidos los caballeros en la prision: allí tranquilizaron su conciencia con las seguridades obtenidas astutamente de la calumniada señora, y ya calmado el susto que ocasionó en ella la presencia de los que juzgaba mensajeros de la verdad eterna para disponerla á morir, los admitió llena de gratitud por sus valedores, sabidos sus titulos y procedencia.—Un favor último debo pedir, dijo Berenguer.—Hablad, señor, repuso la princesa, mi vida os pertenece.—Ruego á V. M. no revele nuestro nombre sino dos meses despues del duelo, y os suplico me doneis vuestro anillo.—

Será cumplido lo que deseais, caballero; tomad, añadió la emperatriz quitándose la sortija, y sirva como testimonio de la gratitud á que me obligo con vosotros.

Amaneció el día señalado para el suplicio de la esposa de Lotario á sorprender el ánimo de sus acusadores con la noticia de hallarse prontos á retarlos de falsarios dos campeones extranjeros; pero aun mas sorprendido quedó el conde don Ramon cuando al preguntar por su compañero Bertran, estrañando no verle apercibido á la pelea desde la hora primera, nadie supo darle cuenta de su paradero: hizole buscar por todas partes, y las diligencias mas activas fueron inútiles para hallarle. Sin duda habia sido muerto ó sobornado por los enemigos del conde, ó quizá temiendo lo inmediato del peligro huía cobardemente abandonando á su amigo y señor. En circunstancias tan comprometidas no titubeó el conde para escoger la resolucion mas apropiada á su acreditado pundonor. Presentóse al soberano, y noticiándole lo acontecido se ofreció á combatir solo contra sus adversarios uno despues de otro, ó bien con los dos á un mismo tiempo, si así era menester. Obligado Lotario á variar las condiciones del duelo avistóse afligido con los jueces del campo y los mantenedores, y viendo estos una ventaja en aquella ocurrencia, eligieron desde luego el combate de ambos á la vez contra el único enemigo que se presentaba, cosa que desechó con escándalo el tribunal de honor, decidiendo peleasen los acusadores sucesivamente con el defensor de la princesa.

Mientras sobrevenian estos sucesos, condujeron á la emperatriz á una tribuna ricamente adornada de paramentos negros, sita en un extremo del palenque, bajo la cual se veia la estensa pira destinada á consumir viva á la desgraciada victima en el caso de sucumbir su padrino. El mas fuerte y atrevido de los mantenedores se presentó en la liza á tiempo que aparecia por la otra parte Ramon Berenguer, armado completamente y sin divisa en el escudo.—Caballero, gritó á su contrario en voz tan alta que le oyeron todos, habeis acusado á la emperatriz de falta de honestidad y yo vengo á retaros de felon y mentiroso: confesad vuestro feo delito, porque de nó sereis conmigo en singular batalla.—La contestacion fué negativa y la consecuencia afirmarse en los estribos, recoger las riendas, bajar las lanzas, cubrirse con los escudos y partir uno contra otro á todo el correr de sus caballos. Como la descripcion exacta del combate seria larga y una idea ligera podrá encontrarla el lector en multitud de libros, la omitimos por innecesaria: baste decir que el conde derribó á su enemigo rematándole luego de una estocada, aunque no sin recibir tambien algunas heridas. Preparóse á la segunda lid, pero viendo los jueces que le brotaba sangre por las junturas del arnés, le hicieron retirar del campo á pesar de sus protestas, para reconocer si sus heridas eran de tal naturaleza que le permitiesen combatir. Declaradas leves, volvió de nuevo con mayores bríos á donde su contrario le aguardaba, tan acobardado y temeroso, que sin ponerse en defensa confesó de plano su infame proceder pidiendo merced de la vida. El emperador le puso á disposicion de su esposa que se contentó con desterrarle de las tierras del imperio.

Todo era regocijo, plácemes y enhorabuenas; la emperatriz fué conducida á palacio con gran solemnidad, y cuando quiso buscarse á su valiente defensor para tributarle el debido agradecimiento no se le pudo encontrar. A las instancias que se la hicieron para que dijese quien era el incógnito caballero, opuso su palabra empeñada, pero al fin tantas fueron las súplicas de su esposo que le declaró

la elevada clase de su caballero, pidiéndole al mismo tiempo permiso para ir á rendirle gracias á la capital de sus estados. Allá partió con numerosa y lucida comitiva, llegando á regocijar con su presencia á la ya rica Barcelona que la festejó segun debia. Volvióse á los estados imperiales acompañada de Berenguer, á quien recibió Lotario como correspondia á su condicion y servicio, concediéndole á su despedida el condado de Provenza en cambio del anillo de su esposa que don Ramon exigió en la prision.

En cuanto á Bertran de Roquebrune no volvió á saberse de su paradero.

El suceso que signiando el orden de fechas vamos á relatar, está consignado en las crónicas contemporáneas de Aragon, Francia é Italia, y merece tomarse en cuenta como prueba del cambio notable verificado á la sazón en las ideas: que deslizándose por suave pendiente á las cortesés fórmulas de la galante caballeria, hacia menos sangrientos y mejor encaminados los lances llamados de honor, á medida que la cultura esparcida por los árabes en el Mediodia de Europa iba borrando la grosera ferocidad legada por las naciones del Norte. Pero dejemos hablar los hechos.

Despues que Manfredo, rey de Nápoles y Sicilia, pereció en la batalla de Benevento, quiso el desgraciado Conradino, sobrino del anterior y último principe de la casa de Suabia, recobrar aquellos estados del poder de Carlos de Anjou; pero tan contraria se le mostró la suerte, que derrotado en Tagliacozzo (1268) subió poco despues á un cadalso levantado para él en la plaza del Mercado de Nápoles. Desde allí, poco antes de ser decapitado, arrojó un guante á la muchedumbre (otros dicen era su anillo) declarando investido con sus derechos al principe que conservase aquella prenda. Un caballero aragonés la recogió y fué á llevarla á su rey don Jaime I, suegro de Constanza, hija de Manfredo, única heredera del trono de Sicilia. Por esta causa al lado del soberano de Aragon llegaban á refugiarse los muchos descontentos que las vejaciones y atropellos de Carlos ocasionaban cada dia, contándose entre ellos personas de tanto valer como Roger de Lauria y Juan de Prócida, á quien el esposo de Constanza, ya coronado en Zaragoza con el nombre de Pedro III, dió rico heredamiento de castillos y lugares. Apenas fallecido su padre, decidió el nuevo monarca aplicar toda su atencion á las cosas de Italia, pero disimulado y astuto arregló de una manera conveniente los asuntos de su reino, y solo entonces procedió á organizar una poderosa escuadra que puso en alarma á los principes vecinos, pues ninguno creyó que tan grande flota, compuesta de ciento cincuenta velas, fuese destinada á sostener al rey de Tunez contra su hermano, segun la voz esparcida por don Pedro. Carlos de Anjou desvanecido con su fortuna, contestó desdeñosamente á los que le aconsejaban se previniese contra los armamentos del aragonés: —*Conozco la falsedad y doblez de Pedro de Aragon, pero me dan poco cuidado tan pequeño reino y tan pobre rey.*

Estando así las cosas estalló en Palermo el lunes de Pascua de Resurreccion de 1282 (30 de marzo) la célebre y sangrienta revolucion conocida con el nombre de *Vispe- ras sicilianas*, por haber empezado á tiempo que las campanas llamaban á los fieles á celebrar las visperas del día. Un desacato cometido por cierto soldado contra el decoro de una señora principal, hizo estallar la indignacion del pueblo, en términos que abalanzándose furioso contratado lo que llevaba nombre francés, consiguió enseñorearse de la ciudad y su castillo despues de hacer en sus enemigos

una mortandad horrorosa. El ejemplo de Palermo fué seguido en toda Sicilia: la matanza se hizo general, calculándose en veinte y ocho mil el número de franceses sacrificados por la indignación popular: á los pocos días no quedaba uno solo en toda la isla. Pero tampoco tardó mucho tiempo en presentarse Carlos con una formidable escuadra á la vista de Mesina, disponiéndose á recuperar la ciudad al frente de setenta mil infantes y trece mil caballos. Asombrados los ciudadanos trataron, sin conseguirlo, de apaciguar la cólera de su poderoso enemigo. Rechazó el de Anjou la propuesta que le hicieron de someterse sin otra condicion que olvido de lo pasado, exigiendo además la entrega de ochocientas personas escogidas por él para servir con la vida de satisfacción á su venganza. Pudió su orgullo, pues reducidos los mesineses al último extremo se dispusieron á una defensa desesperada, hallándose al cabo de tres días de incesantes trabajos en disposición de rechazar los ataques del francés.

Mientras esto sucedía, el rey don Pedro de Aragon se habia hecho á la vela para la costa de Africa (3 de junio) y arribado con su armada al puerto de Alcoll, entre Bugia y Bona, donde pasaba el tiempo haciendo á los infieles una guerra activa y arrojada, pero de ningún modo en consonancia con los aprestos empleados en ella: pronto salió de aquel estado que á muchos parecía de incertidumbre y duda.

Dos naves con velas y pabellones negros, tripuladas por gentes vestidas de luto, se vieron llegar al puerto de hácia la parte de Sicilia. Conducían á bordo embajadores de Palermo y Mesina, esta última combatida estrechamente por las fuerzas de Anjou: iban á ofrecer la corona de la isla á don Pedro de Aragon, suplicándole al mismo tiempo acudiese en su socorro, según á ello estaba obligado como señor natural aclamado por los sicilianos. Fingió el rey meditar el partido conveniente, y por último, consultando á los principales jefes del ejército, pareció dejarse arrastrar por la opinion unánime, que él habia preparado con notable habilidad, al acordar resueltamente la expedición á Sicilia. A los cinco días (30 de agosto) desembarcaba en Trápani la gente aragonesa; el 4 de setiembre emprendía el rey la marcha por tierra con el ejército camino de Palermo; la escuadra costeaba en la misma direccion: allí fué jurado soberano ante el parlamento, emprendiendo inmediatamente las operaciones militares enviando al socorro de Mesina dos mil almogávares, mientras él intimaba al de Anjou abandonase un reino que no le pertenecía y se preparaba á ir en persona á sostener su intimación acaudillando las fuerzas de mar y tierra de Aragon, Cataluña y Sicilia. Por fin, el soberbio vencedor de Manfredo, verdugo de Conradino y presunto emperador de Oriente, no tuvo ánimo para sostener el encuentro del *pobre rey de Aragon*, y antecogiéndolo mejor que pudo sus mermadas legiones, de prisa y á media noche, buscó refugio en su formidable escuadra, trasladándose á Calabria sin tiendas ni bagajes, que fueron presa de los almogávares y mesineses. Poco tiempo despues el valeroso catalán Pedro de Queralta atacó con veinte y dos galeras á la armada napolitana, fuerte de ochenta, apresando cuarenta y cinco y ciento treinta barcos de transporte, tomando la ciudad de Nicotera, á cuya altura se dió la batalla, con muerte de mas de doscientos caballeros franceses y haciendo cuatro mil prisioneros, de los cuales el rey solo retuvo á los franceses y provenzales, dando libertad á los tres mil restantes que eran italianos.

Al saber Carlos el generoso proceder de su rival, dice

un historiador florentino, púsose á morder el baston rabiosamente; mas templado el primer movimiento de enojo y viendo cundir á su alrededor el espíritu de rebelion, trató de alejar á don Pedro de la Calabria bajo un pretexto honroso, ó al menos proporcionarse alguna tregua, para lo cual concibió una idea, que seguramente no dejaba de indicar astucia política.

El día 24 de octubre presentóse al rey de Aragon en Mesina fray Simon de Lentini, religioso de la orden de predicadores, comisionado por el de Nápoles para decirle que, habiendo invadido su reino sin derecho, y robado las tierras aprisionando sus gentes, estaba dispuesto á convencerle de ello en combate singular, remitiendo á la espada la justicia de su causa. Despachóle don Pedro diciendo que no era un fraile medianero á propósito para entender en aquel negocio, y la contestación de Carlos fué mandar una solemne embajada compuesta de los principales señores de su partido, con encargo de no hablar al rey sino de toda ceremonia y en pública asamblea. Convocada, pues, la corte solemnemente, ante su faz pronunciaron los enviados estas cortas é insolentes razones: —A vos, rey de Aragon, el muy alto y poderoso rey Carlos nos envia á decirnos que sois un desleal, porque habeis entrado en su reino sin declaración de guerra.—Decid á vuestro señor, contestó el aragonés ardiendo en cólera, que hoy mismo irán mis mensajeros á responder en sus barbas á la acusación que habeis tenido atrevimiento de pronunciar en las mías.

Con efecto, habian pasado muy pocas horas cuando los enviados de don Pedro puestos á presencia de Carlos, omitiendo los saludos y ceremonias de costumbre, le decían: —A ti, Carlos de Anjou, nuestro señor el rey de Aragon, nos envia á preguntar si es cierto que habeis dado orden á vuestros enviados para proferir las palabras que hoy han pronunciado delante de él.—No solo es verdad, respondió Carlos, sino que quiero que de mis propios labios sepa el rey de Aragon, sepais vosotros y el mundo entero, que yo les he ordenado decir esas palabras que ahora repito en presencia vuestra.—Pues nosotros os decimos de parte de nuestro señor, que mentis como un bellaco, que él en nada ha faltado á la lealtad: os añadimos en su nombre que quien ha procedido villanamente habeis sido vos, cuando vinisteis á despojar al rey Manfredo y asesinasteis á Conradino; y si lo negais os lo hará confesar cuerpo á cuerpo. Y aunque reconoce vuestro valor y sabe que sois un brioso y esforzado caballero, os da á elegir las armas en consideración á vuestra mayor edad. Y si esto no os conviene os combatirá diez contra diez, cincuenta contra cincuenta ó ciento contra ciento.—Pidió Carlos un día de plazo para escoger el partido mas conveniente, despues de cuyo término, al cabo de mútuas y repetidas embajadas, acordaron los dos príncipes que el combate fuese de ciento contra ciento: el juez del campo Eduardo de Inglaterra, y Burdeos, entonces ciudad perteneciente á aquel monarca, el terreno neutral donde se verificaría el desafío en 1.º de junio de 1283, y con esto despues de jurar solemnemente la carta de duelo, la firmaron ambos adversarios en union de cuarenta señores de los mas autorizados por cada bando, con fecha de 30 de diciembre de 1282.

Puesto arreglo en los asuntos de Sicilia partió don Pedro para sus estados, hallándose en Valencia el 18 de mayo: el de Anjou se habia anticipado á buscar al lado de su sobrino el rey de Francia, Felipe el Atrevido, el apoyo que tanto habia menester por entonces.

Entretanto un acontecimiento que debieron esperar am-

bos batalladores vino á trastornar sus planes. El papa Martín IV no solo prohibió con severidad se llevase á cabo el desafío, sino que declaró escomulgados á cuantos á él concurriesen, previniendo asimismo al rey Eduardo, so pena de incurrir en la misma censura, no concediese campo seguro en sus estados á los combatientes, ni aun permitiese á ninguno de ellos entrar en Gascuña, ni mucho menos fuese juez de la lucha. Con esto y llevando el monarca inglés á mal aquel desafío, por ser amigo de los dos principes, tuvo pretexto para escribirles negándose resueltamente á guardar el campo ni dar seguro de ninguna especie.

Mas ya en Aragon se habían alistado hasta ciento cincuenta campeones catalanes, aragoneses, alemanes y sicilianos, y hasta un hijo del emperador de Marruecos, que habia prometido hacerse cristiano si el rey don Pedro triunfaba. En Francia se habia inscrito el mismo rey entre los defensores de su tio. Todos los caminos que conducian á Burdeos estaban como ocupados militarmente por los franceses, sus espresiones eran arrogantes y amenazadoras; Felipe se habia presentado al frente de diez mil hombres de pelea, y cuando Carlos llegó el 25 de mayo hizo construir á toda prisa un palenque largo y estrecho dividido por mitad para los dos bandos, pero destinando para sus contrarios un callejon sin salida, al paso que los anejinos ocuparian el lado donde se hallaba la única puerta, cosa que hizo sospechar en gran manera se trataba de asesinar á los aragoneses si salian victoriosos.

Pero á fé que don Pedro no pecaba de cobarde ni de incauto, y sabedor de cuanto se preparaba ordenó á sus campeones fuesen concurrendo diseminados á Burdeos, mientras él buscaba modo de hacerlo. Para esto se convino con un aragonés leal llamado Domingo de la Higuera, traficante en caballos y muy conocedor de las sendas y travesías del Pirineo: el rey y tres caballeros mas, pobremente vestidos, caminaban como criados del mercader; en las posadas comia éste aparte servido por los demás, especialmente por el rey: así llegaron á los alrededores de Burdeos el 31 de mayo.

Inmediatamente envió don Pedro á decir al senescal que un amigo suyo deseaba hablarle y le esperaba fuera de la ciudad. Acudió el senescal Juan de Greilly, y acercándosele el monarca le preguntó de parte del rey de Aragon, si el de Inglaterra y él en su nombre podrian darle campo seguro, de modo que pudiese venir sin peligro. No titubeó Juan de Greilly en responder negativamente, en razon de haber rehusado Eduardo ser juez del campo, y mucho menos apoderadas como se hallaban de la comarca las tropas francesas.—Pues al menos, continuó el disfrazado soberano, os suplico seais servido de enseñarme el palenque.—Así lo hizo el senescal, y apenas pisó don Pedro el área de la liza cuando echando atrás la capellina que le cubria la cabeza:—Yo soy el rey de Aragon, le dijo, reconocedme bien.—Asustado Greilly le aconsejó que huyese, pero don Pedro no quiso retirarse sin dar una vuelta por el palenque, y hacer que allí mismo se estendiese un acta autorizada por el senescal y un notario, donde constase habia cumplido su palabra compareciendo en el campo, y que si el combate no se verificaba culpa era de su competidor, que con sus malas artes habia faltado á las leyes del duelo. Hecho esto dejó al senescal sus armas en testimonio, y partiendo camino de Bayona entró en España por Fuenterrabía.

Al dia siguiente se presentó en la liza Carlos de Anjou, y

viendo que su contrario no llegaba, empezó en altas voces á injuriarle llamándole cobarde y traidor; pero cuando vió el acta de comparecencia que le presentó el senescal, descargó contra éste su furia haciéndole prender, aunque tuvo inmediatamente que ponerle en libertad temeroso de la conmocion que escitó en Burdeos el atropello.

Así concluyó aquel famoso duelo que, atendiendo á las sospechosas prevenciones tomadas por el francés y habiéndose negado el rey de Inglaterra á mantener el campo, no hubiera podido verificarse con arreglo al convenio de 30 de diciembre, y en su consecuencia obró muy cuerdatamente don Pedro en desconfiar de la buena fé del verdugo de Conradino.

Pasemos á referir otro hecho de igual especie, aunque de mas sangriento desenlace.

Durante las guerras de Italia que hicieron adquirir al famoso Gonzalo Fernandez de Córdoba el renombre de Gran Capitan, dado por sus mismos enemigos, hallábase éste sitiado con la mayor parte de las tropas de su mando en la plaza de Barletta, lugar fuerte á orillas del Adriático. Como la idea del experimentado jefe era solo esperar refuerzos y quebrantar al enemigo con ataques repentinos, emboscadas y sorpresas, táctica singular desconocida para su contrario y ensayada por el ilustre Gonzalo con excelente resultado en las huertas de Baza y frondosa Vega de Granada, eran en vano los alardes usados por el general francés duque de Nemours, para traer á los sitiados á una batalla decisiva donde pudiese oprimirlos con la superioridad de sus fuerzas. Ocasionaba este género de guerra continuos desafíos parciales, en los que la varia suerte de las armas producía altercados sobre el valor respectivo de los soldados de cada nacion. Negaban los franceses que los españoles fuesen tan buenos jinetes como ellos, si bien peleando á pié nada tenian que oponer en contra de su bizarría: los españoles no se conformaban con este parecer, sino que sostenian su aptitud superior de todas maneras; hasta que tales disputas vinieron á originar un mensaje que aquellos mandaron á Barletta proponiendo un combate de once caballeros franceses contra otros tantos españoles. Aceptado por los nuestros el reto, acordóse verificar el combate bajo los muros de Trani, campo neutral cedido por la república veneciana, el dia 20 de setiembre de 1502, llevando los desafiados por padrino á Próspero Colona, segundo del ejército; y exhortados por el Gran Capitan á lidiar como buenos y ayudarse unos á otros con hidalguía, partieron llenos de justa confianza, contando entre ellos hombres tan hazañosos como Diego de Vera y el esforzado García de Paredes, que aun hallándose molestado con tres heridas en la cabeza no quiso faltar en aquella jornada.

Presentáronse unos y otros en la liza armados de punta en blanco, dividiéronlos el sol los padrinos, y dada por las trompetas la señal de arremeter se lanzaron á la pelea con furia sin igual. En la primera acometida fueron derribados cuatro franceses y muertos sus caballos. En el segundo encuentro cayó un español, y atacado por los cuatro franceses desmontados tuvo que rendirse: otro francés quedó sin vida, y otro mas pidió merced á su adversario. Entonces se mezclaron los combatientes, y la lucha se hizo general, estremeciéndose los espectadores á vista de la sangre que corria á través de las armas de los contendientes. Solo dos franceses quedaron montados, uno de ellos era el famoso Bayardo; mas estos parapetados con los animales muertos, aguardaron á los españoles, que trataron en vano de obligar á sus caballos, asombrados al aspec-

to de los cadáveres á saltar aquella trinchera de carne ensangrentada.—Apeaos, gritaba García de Paredes, y pelead á pié, ya que yo no puedo hacerlo á causa de mis heridas,— y trató de arremeter él solo, pero herido su caballo tuvo que retirarse para no caer también.

El sol llegaba á su ocaso y los franceses pedían partido, diciendo que todo sería posible saliesen con honra del campo, aviniéndose ellos á confesar se habían equivocado en no tener á los españoles por tan buenos caballeros como ellos. García de Paredes era el único que rechazaba cualquier condicion que no fuese el rendimiento completo de unos hombres ya medio vencidos, y despedido de que no se admitiese su dictámen echó mano de las piedras que servían de linderos al palenque y comenzó á lanzarlas contra los enemigos.

Por último, después de cinco horas de combate admitióse la avenencia que los franceses volvieron á ofrecer. El mismo Próspero Colona lo aconsejó así; los jueces del campo los declararon á todos buenos caballeros, habiendo manifestado los españoles mas esfuerzo y los franceses mas constancia: con esto se cangearon los rendidos y cada cual volvió á sus cuarteles.

Poco satisfecho quedó el Gran Capitan del resultado del combate, manifestando hubiera deseado que los suyos acabasen de vencer á sus contrarios, y cuando García de Paredes le replicó que harto habían hecho en obligar á los franceses á confesar en público que los españoles eran tan buenos caballeros como ellos, replicó severamente: *Por mejores os envid yo.*

Algun tiempo después se vió obligado Nemours á levantar el sitio: la caballería española le persiguió destruyendo su retaguardia y haciendo prisioneras gran número de personas de importancia: entre ellas se hallaba el capitán La Motte, el cual cenando aquella noche con el caudillo vencedor don Diego de Mendoza, prorumpió en espresiones injuriosas contra los italianos, añadiendo que era una pobre gente para la guerra. Les defendió el español Íñigo López de Ayala, mas el francés insistió en su dicho ofreciéndose á sostenerlo en el campo. Próspero Colona, queriendo vindicar la honra de sus compatriotas, aceptó el reto de La Motte, y le propuso un combate de trece contra trece. Con licencia y seguro de Gonzalo de Córdoba se verificó el duelo, saliendo vencedores los italianos, que llevaron á todos sus adversarios prisioneros, menos uno que murió en la palestra, presentándose orgullosos al Gran Capitan que les obsequió con un banquete y les colmó de honores y distinciones.

En 31 de agosto de 1546 se hallaban las tropas imperiales atrincheradas cerca de Ingolstadt á la márgen izquierda del Danubio, al frente de un formidable ejército luterano. Había impuesto el emperador pena de la vida á cualquiera de los suyos que saliese de su puesto, pues el fin era no empeñar accion fuera de la línea. La misma orden rigurosa recibieron unas compañías españolas de arcabuceros situadas en el foso para contener á la caballería enemiga. Mas porque tanto le ocurre á un agigantado tudesco acercarse todos los dias á insultar á los del foso con ademanes y gestos provocativos, llamándolos cobardes y amilanados, puesto que nadie se movía á lidiar con él. Uno de los soldados llamado Martin Alonso Tamayo, veterano del formidable tercio de don Alvaro de Sande, no pudo sufrir aquellos improperios, y rebosando en ira dijo á sus compañeros que aun á riesgo de la vida había de castigar al orgulloso alemán, enseñándole bien á su costa quienes eran los

españoles. Y arrojando á un lado su arcabuz y tomando la pica de otro camarada, salió casi arrastrando como unos cuarenta pasos fuera de la línea. Llamábanle de órden del emperador las centinelas avanzadas, pero él sin darse por entendido siguió adelante hasta llegar cerca del tudesco: entonces se arrodilló, y descubierta la cabeza rezó con gran devocion tres Ave-Marias. Juzgó su enemigo que se humillaba de miedo á su presencia, y ya comenzaba á mofarse de él, cuando le vió levantarse, enristrar la pica y escitarle para que se apercibiese al combate, arremetiéndole con tales brios que á vuelta de tres recias acometidas la pica del español le atravesó el cuello por entre la gola, dando en tierra con su pesada mole. Acudió sobre él Martin Tamayo y después de cortar la cabeza al gigante con su propia espada, le sacó del pecho una lengua bolsa, y con ella, la cabeza y la espada, volvió al campamento, donde fué recibido con grandes aplausos por parte de los soldados. No halló tan propicio el ánimo del emperador, á quien se presentó pidiéndole merced de la vida, antes bien le previno se confesase para ser degollado dentro de poco. Todos los maestros de campo y muchos capitanes y caballeros se interesaron á su favor con Carlos V, pero sobre todo nueve mil españoles que había en el ejército, movían ya pláticas diciendo que, de no premiarse el hecho de su compañero no consentirían se le impusiese tan duro castigo. Informado el emperador del espíritu de las tropas, ó mas bien no queriendo ceder sino como obligado por el clamor general, dió lugar á la clemencia otorgando su gracia al valeroso y poco nombrado Martin Tamayo.

Los cronistas franceses cuentan de la manera siguiente un horrible duelo llevado á cabo el 27 de abril de 1578.

Jacobo de Quelus, favorito de Enrique III, y Carlos de Balsac D'Entragues, de la ilustre casa de los Guisais, tuvieron un desafío en Paris de resultados de una disputa ocurrida en palacio. Quelus tomó por padrinos á dos nobles llamados Livarot y Maugiron; los D'Entragues eran Ribéroc y Schomberg. Este fué el primer duelo, según el docto benedictino dom Felibien, en que tomaron parte los padrinos. Los seis combatientes pelearon con tal furor que solo D'Entragues escapó sin heridas. Maugiron y Schomberg murieron blasfemando en el campo de batalla. Ribéroc espiró al dia siguiente. Livarot estuvo mas de un mes en peligro. «En cuanto á Quelus, origen de la disputa, dice el historiador l'Estoile, de diez y nueve heridas que recibió estuvo padeciendo treinta y tres dias, y al fin murió el 29 de mayo, sin que le aprovechase de nada el favor del rey, que iba á verle todos los dias, y aun no se apartaba de su cabecera, habiéndole prometido 100,000 escudos, y á los cirujanos 100,000 libras, dado que viniese á convalecencia. Murió teniendo siempre en la boca estas palabras:— ¡Rey mio, rey mio!—sin hablar de Dios ni de su madre. El rey, en verdad, profesaba una maravillosa amistad á Quelus y á Maugiron; los besó después de muertos; los hizo cortar el cabello, guardó sus rubias cabelleras y quitó á Quelus los zarcillos que él mismo le había dado.» El escándalo fué tal en Paris, que los predicadores gritaban en el púlpito que era preciso arrojar á un estercolero los cuerpos de aquellos renegados. Lejos de esto, Enrique mandó que sus cadáveres estuviesen espuestos al público con gran pompa en palacio, y que después fuesen enterrados con honores de príncipes.

Apenas se creeria, si no constase en escritores coetáneos, que desde el año de 1589, primero del reinado de Enrique IV, hasta fines de 1608, se espidieron siete mil cédulas de indulto en materia de duelo, y de siete á ocho

mil personas murieron en desafío durante el mismo intervalo. El historiador Chevalier cuenta que solamente en la provincia del Limosin y en el espacio de siete á ocho meses, ciento veinte caballeros murieron en lances de honor.

El 4 de enero de 1613 el caballero de Guisa desafió públicamente en un festín al baron de Lux, acusándole del asesinato de su padre Enrique de Lorena, apellidado el Acuchillado, muerto en Blois en 1588. Diez minutos despues se batieron ambos contrarios esquina á la calle de Grenelle, y el caballero atravesó el corazon á su enemigo. El Parlamento absolvió al matador en razon á que *el principe habia honrado sobradamente á un simple gentil-hombre cruzando su espada con él.*

Poco despues el hijo del baron mandaba un cartel de desafío al matador de su padre, el que aceptó llevando de padrino al caballero Griñan, así como el retador habia escogido á Riollet con igual objeto.

El duelo se verificó en Chavone. Al primer pase el baron recibió una estocada en el vientre, y el caballero otra que le atravesó el guante penetrando en el brazo. Al cabo de largo rato de combate en que uno y otro contendiente se acometieron veinte y ocho veces, el baron habia recibido siete heridas mortales, y el caballero de Guisa tres estocadas en la silla de su caballo, una en el brazo, otra en la mano y una mas que le rasgó la camisa arañándole el pecho.

Segun las leyes del duelo observadas entonces, Griñan y Riollet se batian al mismo tiempo. Habiéndose encabritado el caballo del primero á consecuencia de un pinchazo en la frente, aprovechóse Riollet de esta circunstancia y hundió la espada en el vientre de su contrario, que cayó sobre la nieve. Enfurecido Guisa al ver el término fatal de su amigo remató al baron de una estocada en el pecho.

Así terminó aquel sangriento drama, que dió gran celebridad al vencedor; poniéndole muy de moda por haber muerto *en un mismo mes y con una misma espada al padre y al hijo.*

La noche del Jueves Santo de 1616, en el acto de celebrarse el oficio de tinieblas en la iglesia de San Martin de Madrid, un atrevido llevó su audacia hasta el punto de sacudir un bofetón á una señora principal que rechazaba las indignas solicitudes que tuvo la insolencia de dirigirla. Pero sin duda no contaba el agresor con el célebre don Francisco de Quevedo y Villegas, que cerca de allí todo lo habia observado, y asiéndole de un brazo, sin dejarle hasta verse á la puerta del templo, en pocas razones le dió á entender la firme resolucion que habia tomado de hacerle pagar con la vida la torpeza de su accion.—No sabeis las relaciones que me unen con esa dama por quien salis, le dijo el desconocido.—Sé que sois un sacrilego y un descortés, repuso el caballero, y á fé que no he de sufrir ante mí desafueros de uno ni otro linaje; conque así mirad cómo volveis por vos, pues ya os he dicho estoy resuelto á mataros.—Así lo verificó despues de breve rato de pelea, sostenida en la misma plazuela donde se hallaba situado el convento, y siendo el muerto hombre de porte, tuvo que huir el matador á Nápoles buscando refugio al lado del virey duque de Osuna, de quien fué secretario bastante tiempo.

En los tiempos modernos únicamente en Inglaterra se conoce un ejemplo de haber apelado al juicio por batalla.

Ocurrió el año de 1817, que un tal Thornton, en quien recaian graves sospechas de haber asesinado á una jóven, fué condenado por el jurado. Oida la sentencia se adelantó

al medio de la sala, y quitándose un guante le arrojó en tierra reclamando la prueba del combate. Despues de un momento de vacilacion y sor presa, el tribunal no se atrevió á negársela, en virtud del respeto casi supersticioso con que los ingleses miran la ley vigente; supersticion que supo explotar con astucia el abogado del presunto asesino, aconsejándole recurriese á derecho tan extraño y olvidado. Pero el adversario de Thornton era un jóven de corta edad hermano de la víctima, y menos seguro de su fuerza y valor que de la justicia de su causa, desistió de su accion, terminando así aquel incidente despues de haber escitado la mas viva curiosidad y puesto en expectativa á todo el Reino Unido.

A consecuencia de este suceso se adoptó un bill en 1819 declarando abolido el reto en toda clase de juicios, no obstante cualquier otra ley, estatuto ó uso contrario.

En efecto, el combate como prueba judicial, fué admitido en la legislacion inglesa desde la época de la conquista por los normandos, y aunque hacia siglos que no se practicaba, permaneció en el testo de la ley hasta la fecha mencionada, de consiguiente todo inglés estaba virtualmente autorizado á echar mano de esta prueba en causa civil ó criminal, y ningun tribunal hubiera podido negársela. La singularidad de esta institucion era que las partes no podian comparecer personalmente á defender su derecho, sino que debian nombrar campeones que peleasen en su lugar, escepto cuando el combate procedia de inculpacion de traicion ó asesinato, en cuyo caso las partes peleaban en persona. Los combatientes no podian usar otras armas que el palo y el broquel. La lucha debia durar hasta que uno de ellos gritase *craven*, que era lo mismo que confesarse vencido. Si el duelo empezaba al rayar el dia, y entraba la noche sin haberse decidido, el actor ganaba la causa.

No es posible calcular las desgracias ocasionadas por el duelo en todas las clases, sobre todo en las militares. Solo en Francia desde 1827 á 1834, segun datos adquiridos por el gobierno, se realizaron quinientos diez desafíos, de los que ciento ochenta y nueve fueron seguidos de muerte de uno de los combatientes.

Hemos presentado bastantes hechos; permitasenos para concluir algunas ligeras reflexiones.

Por fortuna en los tiempos que alcanzamos los duelos van haciéndose cada dia menos frecuentes; con especialidad desde que cesó el uso de las armas por casi todos los miembros del Estado, la mayor parte de los llamados lances de honor vienen á reducirse á meras fórmulas de ninguna consecuencia, y con el trascurso de los años y la ilustracion bien entendida, es de creer llegarán á extinguirse. Por lo que toca á nuestra legislacion son laudables los esfuerzos con que ha procurado siempre alcanzar este noble objeto, pues todos los códigos desde el Fuero Juzgo hasta el criminal vigente, establecen severas penas contra las injurias, y aun tratan á veces de ofrecer una reparacion al individuo injuriado, manifestando así los legisladores su convencimiento unánime de que ofrecer una salvaguardia al pun-donor de los ciudadanos sin dejarle abandonado á sí mismo, es el medio mas seguro de impedir á los agraviados acudir para satisfacer su mancilla á un recurso tan incierto y peligroso como el desafío.

Sin duda alguna, siendo el honor una propiedad de gran valia, y los ataques que se le dirigen unos verdaderos delitos, las leyes deben castigarlos por sí mismas con iguales fines que castigan todos los demás, sin que á nadie sea dado

suspender las penas en que los agresores incurran, sea cualquiera su clase y condicion. Si al paso que tales remedios se aplican con verdadero celo á combatir el mal que lamentamos, escritores ilustres, animados de espíritu recto y filosofía racional, unen sus esfuerzos á los que la Iglesia y la naturaleza emplean para desterrar este legado de las bárbaras edades, es indudable que desaparecerá completamente, como desapareció el sistema de la caballería andante, que con él tenía bastantes puntos de contacto; y cuando semejantes recursos no pareciesen suficientes, advertimos que mucho menos lo han sido para borrar ese padron de sangre, contrasentido afrentoso de los adelantos sociales modernos, las penas escesivamente severas señaladas en la pragmática de Felipe V (1), nulas desde un principio á causa de su misma enormidad.

DIONISIO CHAULÉ.

NICOLAS FLAMEL Y SU LIBRO MISTERIOSO.

LEYENDA DEL SIGLO XIV.

Los nigromantes y hechiceros, los brujos y alquimistas, y otros impostores por el estilo, exigen casi siempre alguna remuneracion para iniciar en sus misterios á los necios y supersticiosos, que llevados en alas de una impertinente curiosidad suponen que la suprema dicha del hombre consiste en rasgar el velo con que la naturaleza encubre sus secretos y en acumular tesoros sin penas ni trabajos. Pero si toda esa gente, que posee la clave de las ciencias ocultas puede disponer á su antojo de los elementos y las fuerzas de la naturaleza, si puede evocar los espíritus y obligarles á que le revelen lo pasado, que ignora, lo futuro y hasta los parajes donde hay grandes tesoros escondidos ¿por qué se empeña en explotar las bolsas ajenas, si puede tener siempre atestadas de monedas las suyas, sin poner en juego, con artificio, sutilezas ni ardides de mal genero? Acordémonos de Leon X, acordémonos de ese gran papa, espléndido y generoso Mecenas de los verdaderos sábios. Habiéndosele presentado un alquimista con la exagerada y ridícula pretension de obtener un premio por haber encontrado el gran secreto de la piedra filosofal, á costa de repetidos sacrificios y largos desvelos, Leon le ofreció una bolsa, y le dijo que un alquimista, que tenia ya á su disposicion todos los teso-

ros del mundo, no necesitaba mas que guardarlos. Pero, á pesar de que la ciencia hermética no ha dado nunca felices resultados, un reducido número de hombres crédulos vive en la intima persuasion de que puede realizarse, andando el tiempo, la transformacion de todos los metales en oro; y en la Edad media esta creencia, muy generalizada, dió origen á la leyenda, que vamos á narrar, porque el cambio repentino de fortuna de Nicolás Flamel, que llegó á ser muy rico en un corto número de años, sin haberse podido averiguar de que modo, se atribuyó á la piedra filosofal, cuyo secreto habia encontrado, segun el vulgo afirmaba.

Se ignora el año del nacimiento de Nicolás Flamel, y el país que le sirvió de cuna; pero se cree con visos de mucha probabilidad, que fué natural de Poitou, y sabemos terminantemente que floreció en el siglo XIV. Sea como fuere, lo cierto es, que la ciencia le debe grandes adelantos, y que descubrió muchos secretos quimicos, como diremos despues de haber espuesto todos los pormenores, que se hallan consignados en su leyenda.

Dícese que en una noche muy rígida de invierno apareció á Nicolás Flamel un espíritu celeste con un libro abierto en sus manos, y cuya encuadernacion, que era de cobre, y estaba maravillosamente dibujada, despedia rayos de brillante luz. Sobre el frontispicio de ese libro misterioso se leian, grabadas en letras de oro, las palabras siguientes: *Lo hizo Abraham, y lo dedicó al pueblo judaico.* El espíritu celeste, que era un ángel, se acerca á Flamel, y le dice: *Mira este libro: es ininteligible para el vulgo, y en este momento lo es tambien para ti, pero llegará un dia en que tú descubrirás en sus páginas lo que ningun otro mortal puede descubrir.* Flamel oye estas palabras, y alarga con anhelo ambas manos para apoderarse de tan precioso libro; pero ¡espectáculo asombroso! la vision ha desaparecido ya, dejando detrás de sí una lluvia de reluciente oro.

Flamel habia echado en olvido con el trascurso de los años su vision fantástica, y no esperaba verla realizada, cuando un dia en una multitud de libros y mamotreto, que acababa de adquirir, encontró un manuscrito, cuyo frontispicio era muy parecido al del libro misterioso, que el ángel le habia enseñado en su sueño profético. La leyenda, hablando de una obra apócrifa, y que falsamente se atribuye á Flamel, dice que este gran sabio, lejos de negar su precioso hallazgo, se espresa en la forma siguiente acerca del particular: «Yo, Flamel escritor, y que despues de la muerte de mis padres me ganaba la vida en el estudio de un escribano público, redactando inventarios, arreglando cuentas y calculando los gastos de tutores y menores, tuve la suerte de adquirir por la cantidad de dos florines (1) un manuscrito dorado muy viejo y muy grande. Su encuadernacion era toda de cobre muy sutil, y estaba dibujada con letras ó mas bien figuras muy estrañas.» Luego da una amplia descripcion de ese gran códice, y dice que contenia veinte y un pliegos, que no eran papel ni pergamino, como en los demás libros y manuscritos, sino pedazos de cortezas muy finas de árboles. De siete en siete pliegos se encontraba uno adornado con figuras, sin letreros. En el primero de esos pliegos estaban dibujadas una larga vara y dos serpientes en actitud amenazadora, y que parecían prontas á devorarse; en el segundo habia una serpiente clavada en una cruz; en el tercero y último se veia una grande extension de terreno árido y desierto, pero poblado de hermosas fuentes, cuyas aguas limpias y cristalinas parecían facilitar

(1) Forma la ley II, tit. 20, lib. 12 de la Novísima Recopilacion. Por ella se declara infame el delito del duelo. Imponela pena de muerte y confiscacion de bienes á los desafiados, ó á cualquiera de ellos que salga al sitio convenido para reñir, aunque no haya riña, muerte ni herida, declarándose como desafio cualquier pelea tenida en distinto tiempo y lugar, poblado ó despoblado, en sitio retirado ó á deshora en que sobrevino el motivo de la cuestion. A los que propusiesen el desafio ó interviniesen en él de cualquier modo, los castiga con perdimiento perpetuo de bienes, oficios, rentas y honores, hábitos militares y declaracion de alevos. Manda tambien que los que vieren cometer el crimen susodicho y no le embarazaren pudiendo, ó no dieren parte á la justicia, sean condenados á seis meses de prision y en la tercera parte de sus bienes: que se comprendan en esta ley los que se batan en territorio extranjero, y determina por fin que nunca pueda prescribirse este delito. No hemos encontrado noticia de un solo ejemplo en que tan eficaces penas se hayan aplicado con toda su rigurosa severidad.

(1) Veinte reales.

el paso á una multitud de culebras, que caidas en el suelo, atravesaban por do quiera el campo. En el frontispicio de la obra se leian en letras mayúsculas estas palabras: *Abraham el judío, príncipe, sacerdote, levita, astrólogo y filósofo á la gente judáica, dispersada por la ira de Dios en las Galias, salud D. I.*

Estaba ya en las manos de Flamel el gran códice misterioso; y nuestro sábio, despues de haber leído atentamente su frontispicio, vió que el tercer pliego contenia en caracteres latinos, muy claros, un relato sencillo y preciso de todos los procedimientos necesarios para la trasformacion de los metales; pero ¡ay desventura! el autor habia pasado por alto la materia inorgánica que era menester emplear ante todo como base de la penosa y difícil operacion.

El infeliz Flamel se desvelaba leyendo y estudiando muy detenidamente el manuscrito, y lo entendia todo; pero, á pesar de sus repetidos esfuerzos, no le fué nunca posible dar con la materia primitiva, que pudiera servirle de cimiento y base para la trasformacion de los metales. Puso á parte del secreto á Pernela, su amada y jóven esposa, la cual se prendó de aquel hallazgo inesperado con tanta exageracion, que no podia hartarse de mirarle, como nos lo confirma la leyenda, diciendo que Flamel se espesaba en estos términos, hablando de su manuscrito y de Pernela: «Tan luego como mi esposa vió el precioso libro, le amó tanto como yo, y se llenaba de placer y regocijo contemplando su encuadernacion, sus dibujos, sus figuras y sus retratos.»

No habiendo podido adivinar Flamel el gran secreto de la piedra filosofal, porque no hablaba su manuscrito de la materia primitiva que debia servir de base y punto de partida á todos los procedimientos ulteriores, consulta acerca de un punto tan árduo á muchos eminentes sábios, sus contemporáneos; pero nadie sabe contestarle satisfactoriamente, por lo que, despues de haber hecho un voto solemne á Santiago de Compostela, viste el hábito de peregrino, se echa una alforja al hombro, abraza cariñosamente á su Pernela, y se pone en camino apoyado en un bordon.

Durante su largo y penoso viaje atraviesa los Pirineos, hostigado por el hambre y el frio, entra en España, llega á Galicia y cumple su voto.

Bien fuese un gran milagro debido á Santiago, como en la leyenda se espresa, ó el acaso únicamente, lo cierto es, que Flamel dió con un judío de Leon, que le aclaró todos los pasajes mas oscuros y enigmáticos del famoso manuscrito, y que le reveló el gran secreto de la piedra filosofal, indicándole la materia primitiva inorgánica de que debia echar mano para la trasformacion de los metales. Entonces Flamel vuelve á Francia, y va á Paris en donde ha dejado á su fiel y amada esposa, la comunica el éxito feliz de su larga peregrinacion, los dos trabajan en la GRANDE OBRA (1), y acumulan inmensos tesoros. Flamel, llevado en alas de su mucho entusiasmo, y ya poderoso y rico, manda erigir un gran monumento, en que figuran, esculpidas en mármol, su propia efigie y la de Pernela, entrambos hincados de rodillas, en actitud de orar, y á fin de que no ignoren los venideros el don que benignamente el cielo le ha concedido, eterniza su memoria con esta inscripcion: *El que quiera conocer mi llegada á Paris y la alegría de Pernela, que nos contemple á los dos en esta actitud tan devota: yo doy gracias á Santiago de Galicia postrado á sus piés, y*

Pernela á San Juan, cuyo nombre repetidas veces invocó.

Los arqueólogos hablan de ese gran monumento, que existió por el trascurso de largos años en el antiguo cementerio de los Inocentes en Paris; pero se cree con fundamento, que le mandaron erigir, algun tiempo despues de haber bajado á la tumba Flamel, los mas aficionados á la ciencia hermética, y muy persuadidos de que aquel sábio habia descubierto el gran secreto de la piedra filosofal.

No cabe duda que un cambio muy repentino de fortuna da márgen á sospechas y conjeturas mas ó menos probables, y que en las épocas de ignorancia y supersticion se atribuye casi siempre á causas sobrenaturales ó muy extraordinarias; pero autores de mucha nombradía y documentos fidedignos, desmienten el aserto de que Flamel llegó á ser hombre opulento, acumulando montones de oro en un corto espacio de tiempo. Su testamento auténtico y su codicilo, depositados en los archivos de la parroquia de *Saint-Jacques la Boucherie* en Paris, dan á conocer que Flamel dejó una herencia muy modesta, y unas pocas mandas á iglesias y cofradías para repartirlas entre pobres y menesterosos, y celebrar misas para descanso y paz de su alma.

En la larga y minuciosa biografía que tenemos de Flamel no se habla de alquimia ni de ciencias ocultas, y éste sábio figura únicamente como un hombre laborioso. Los iniciados, sin embargo, en la ciencia hermética, le atribuyen una multitud de obras apócrifas, cuyos nombres vamos á consignar: *Trasformacion metálica*, tres tratados en ritmo francés: *La Fontana de los amores de las ciencias*, *Las Advertencias de la naturaleza al alquimista errante*, con la respuesta de Juan de Meung, el *Sumario filosófico*, atribuido al mismo Flamel, *El deseo deseado ó Tesoro de Filosofía*, *El libro de las seis palabras*, que va unido al *Tratado de azufre* del Cosmopolita, y á la *Obra real* de Carlos VI, Paris 1618, 1629 en 8.º *La Grande aclaracion de la piedra filosofal para la trasmutacion de los metales* en 8.º Paris 1628. El editor de este libro promete terminantemente: *La perfecta alegría de mi mismo y de mi esposa Pernela*, escrita por Flamel; pero esta obra no ha visto jamás la luz pública. Se le han atribuido, por último, *La Música química*, opúsculo muy raro, y otros mamotretos, que ni siquiera merecen ser mencionados.

El abate Villars, literato de alguna fama, y que tuvo la desgracia de morir asesinado en 1673, trasformó á Flamel en conde de Cabalis en sus *Discursos sobre las ciencias*, obra en que revela con sal ática y chistes de muy buen género todos los misterios de la cábala y de la sociedad de los Rose-Croix, fraccion de la secta masónica.

No queremos, finalmente, pasar por alto que en 1818 uno de aquellos caballeros de industria, que viven siempre á costa del país, repartió en todos los cafés de Paris un papelucho en que decia, que él era el célebre Nicolás Flamel, y que hacia mas de cuatro siglos que buscaba la piedra filosofal, calle de Marivaux en Paris; que habia recorrido todo el globo habitado, y que mediante el *elixir* de la vida, que habia encontrado por su buena ventura, se hallaba en el caso no solo de haber adquirido conocimientos mas vastos que los que todos los demás alquimistas poseian, sino tambien en a posibilidad de prolongar sin término su existencia; que hacia el oro cuando se le antojaba, y que los que deseaban conocer el secreto de la piedra filosofal y constituirse una renta de un millon ochocientos mil francos anuales, podian presentarse en su casa, calle de Cléry núm. 22 y tomar una inscripcion, que costaba trescientos mil francos. El papelu-

(1) Es el nombre que dan los alquimistas á la trasformacion de los metales en oro.

cho cundió por todo París; pero en atención á que nadie quiso desembolsar la espresada cantidad, el GRAN SECRETO DE LA PIEDRA FILOSOFAL quedó oculto, y el nuevo alquimista, á pesar de su AURIFERA VIRTUD, salió de Francia tan pobre como había entrado.

Volviendo á Flamel, despues de esta breve digresion, decimos que algunos han llevado el delirio hasta el extremo de afirmar que Flamel y su esposa no han bajado al sepulcro por haber adquirido la inmortalidad; que fingieron morir para sustraerse á la codicia ajena, y que recorren todavía la tierra, pasando de uno á otro país. Absurdos semejantes no merecen refutacion ninguna; y nosotros desterrando al reino de las fábulas todas las inmortalidades de este mundo fingidas, supuestas ó inventadas, vamos á poner término á esta leyenda, consignando en un reducido número de renglones lo que debe real y positivamente la ciencia á Flamel, y lo que resulta de su biografía.

El autor, que escribió su vida con buen juicio y refinada crítica, dice que Flamel despues de haber cumplido escrupulosamente con sus obligaciones, destinaba al estudio todas las horas que le quedaban para su descanso; que fué un buen caligrafo, y que escribía con mucha correccion; que además de la multitud de obras apócrifas que se le atribuyen, hay otras salidas indudablemente de su pluma, las cuales atestiguan que cultivó con éxito feliz, las ciencias naturales, la química, y también la medicina; que fué un hombre de costumbres muy puras, amante de su familia y buen católico; que hermanó siempre sus estudios con la práctica de todas las virtudes sociales, y con el ejercicio de los deberes religiosos; que fué muy caritativo; que dotó iglesias y fundó hospitales; que viajando por Italia se dió á conocer por hombre muy entendido y versado en todas las ciencias y que sus restos mortales fueron enterrados

en *Saint-Jacques de la Boucherie* en París el año de 1413

En cuanto á su cambio de fortuna muy repentino y á su mucha riqueza, si queremos atenernos á lo que nos ha dejado escrito el autor de su biografía, podemos afirmar con certeza que Flamel llegó á ser un hombre acomodado y no opulento, y que debió su fortuna á su mucha laboriosidad, á su industria y economía, y al haber recibido en depósito los capitales de algunos judíos, que viéndose perseguidos en Francia, y obligados á emigrar, murieron en el destierro antes de haberlos retirado, así que Flamel se quedó libre poseedor de muchas cantidades, que empleó en su beneficio. Otros escritores dicen, por el contrario, que Flamel no tuvo mas riqueza que las pequeñas ganancias de su trabajo, y que las mandas que dejó á iglesias y cofradías fueron muy mezquinas; que no fundó hospitales ni edificó iglesias, y que lejos de disfrutar de mucha fortuna, vivió siempre con su Pernela en una casa muy pobre y reducida. Nosotros nos atenemos con preferencia á lo que dice su biógrafo, porque su aserto se apoya en el testamento y codicilo del mismo Flamel.

Los que deseen tener mas noticias acerca de Flamel, de su libro misterioso, de su esposa Pernela, y del estado y los progresos de la alquimia en el siglo XIV y en otros anteriores, podrán consultar la obra de Pouchet, titulada: *Historia de las ciencias naturales en la Edad media*, París, 1853 (en francés). En este libro de gran mérito los lectores, no solo encontrarán una multitud de noticias y pormenores sobre la química y todas las ciencias experimentales en general, sino también una abundante cosecha de citas eruditas y peregrinas de todos los autores mas sábios y de mas nombradía, que han dado á conocer la importancia de la historia literaria y científica de la Edad media.

SALVADOR COSTANZO.

MITOLOGIA MODERNA.



El suplicio de Tántalo.